

Pedro, Santiago, y Juan son testigos de la Transfiguración de Cristo, en el monte. Si ustedes miran a las fotos de este monte, el Monte Tabor, es como si su propósito es mostrar de cualquier cosa está la parte superior—como un soporte actúa para mostrar la luz de la lámpara. Jesús, la verdadera luz del mundo, transfigurado en la oración, revelo Su gloria a los tres que parecen no estar seguros cómo entenderlo. Pedro quiere construir un tipo de memorial para este acontecimiento monumental para dar honor a Elías el gran profeta, a Moisés el dador de la ley, y a Jesús el cumplimiento de la ley y de los profetas. Dios tenía *otros* planes. Pedro, que eventualmente se convierte en San Pedro, no es recto con lo que es la **voluntad del Señor** y es interrumpido por el ensombreciendo del Espíritu Santo y la Voz Divina: «Éste es mi Hijo, mi escogido, escúchenlo».

¿Por qué escucharle? Cuando escuchamos al Hijo amado de Dios escuchamos un mensaje de la esperanza. La Transfiguración de Cristo, preludio a la resurrección, ilumina nuestras mentes y nuestros corazones a la realidad de la resurrección—la vida después de la muerte. El poder transformando de Dios trae a nuestras vidas la realización que hay más a la vida que nosotros vemos—que Dios es más grande que el mundo temporal que Él creo, y que Él promete que nosotros estaremos como él. Como dice San Pablo en la segunda lectura, «Jesús transformará nuestro cuerpo miserable en un cuerpo glorioso, semejante al suyo, en virtud del poder que tiene para someter a su dominio todas las cosas».

¿Por qué escucharle? Aunque será difícil a veces, traerá una multitud de las bendiciones. La primera lectura dice, «Yo soy el Señor, el que te sacó de Ur, ciudad de los caldeos, para entregarte en posesión esta tierra». Abraham escuchó y confió en Dios y Dios bendijo la fidelidad de Abraham. Ahora sus descendentes son más numerosos que las estrellas (Hebreos:11:2).

¿Por qué escucharle? Imitamos a la Santísima Virgen María que, a una edad muy joven, escuchó a Dios y dio su fiat—su sí a Dios para que a través de su Hijo, Jesús el Salvador, el mundo pudiera conocer la misericordia, el amor, y la redención de Dios.

¿Por qué escucharle? Cuando lo escuchamos, le oiremos decir, «Te amo». Esta experiencia incita dentro de nosotros un deseo noble de amar a otros, de hacer el bien a otros. Alguien dijo que cuando piensa más en los demás que en sí mismo, sabe que está en la senda correcta. Para ilustrar este punto, mi esposa y yo tenemos una técnica práctica que un director espiritual nos dio para ayudarnos a ser mejores oyentes el uno para el otro. El dijo, «Piensen en una palabra que, cuando la escuchen, significa, querida o querido, yo necesito hablar contigo, pero puede esperar un momento más oportuno». Nuestra palabra para esto es «badak», la palabra indonesia para rinoceronte (Mi esposa es de Indonesia). También dijo, «Piensen en una palabra que significa, querida o querido, necesito hablar contigo ahora mismo». Nuestra palabra para esto es «gajah», indonesio para «elefante». Él dijo, no usen excesivamente la palabra usada para «ahora mismo». Cuando nos convertimos mejores oyentes, mostramos al otro que son importantes para nosotros—que los amamos. Escuchar es un acto de amor para el otro.

¿Cuándo les ha desafiado Dios a ustedes a ser un mejor oyente?

Cuando está en el monte, es como si Pedro está bien donde está, pero Dios tenía *otros planes*. Después de la Transfiguración, Jesús lleva a Pedro, Santiago, y Juan a descender el monte hasta el valle abajo. A veces, Jesús nos llama a descender con él a el valle abajo. Como Pedro, somos tentados a quedarnos un poco más largo en el monte.

Como Jesús le dirá a Pedro, Santiago, y Juan en el Jardín de Getsemaní al comienzo de su Pasión. «Estén despiertos y recen para que no caigan en la tentación. El espíritu es animoso, pero la carne es débil» (San Mateo 26:41). Escuchar a Dios no viene sin desafíos. Sí, a veces tropezamos; sin embargo, Él nos asegura, «Aunque pase por quebradas oscuras, no temo ningún mal, y al verlas voy sin miedo porque tú estás conmigo con tu vara y tu bastón, y al verlas voy sin miedo» (Salmo 23:4).

¿Cómo está Dios con nosotros? Él está presente en la comunidad; Él está presente en nuestros amigos y nuestra familia; Él está presente en el mundo—Dios no está limitado por espacio o el tiempo; y en este lado del cielo, más sustancialmente está presente en la Santa Eucaristía. Su Presencia real y substancial en la Eucaristía sólo puede ser entendida a través de la experiencia, a través de la percepción teológica, y a través de la fe en las palabras de Jesús, el mismo. Es el Cristo resucitado y glorificado (el mismo que atravesó las puertas cerradas después de la resurrección) que está presente en la Eucaristía.

Jesús enseñó a los discípulos durante la Última Cena a hacer «esto en memoria mía». Como durante la Transfiguración, en la Eucaristía Jesús se re-presenta con todo Su ser, para transformarnos no sólo para estar unidos con El, sino para *ser* Él, para ser Sus manos y Sus pies, Su corazón para los otros.

Escuchar a Dios traerá una multitud de bendiciones. Claro escuchar a Dios será a veces desafiante, pero Él nos asegura que Él nos ama y nunca nos abandonará. Y, como Dios atribuyo la fidelidad de Abraham como justicia, así, si le somos fieles a Él, nuestra fidelidad nos será atribuida a nosotros como justicia.

Diácono Charles Bernhard, 3/17/19